LOS SUCESOS DEL NUEVE DE ABRIL EN COLOMBIA

POR
P. S.

Sin duda alguna, el acontecimiento de mayor trascendencia entre los ocurridos durante el último mes en el ancho ámbito del mundo hispánico ha sido la revuelta colombiana promovida a pretexto del execrable asesinato del jefe liberal, Dr. Jorge Eliecer Gaitán. Hasta la propia Conferencia Panamericana, instaurada días antes en la misma capital de Bogotá, quedó oscurecida, tanto en su proyección nacional como en la internacional, por los trágicos sucesos de la noche del viernes 9 de abril. Además, para cualquier observador medianamente imparcial no escapaba inadvertido el nexo de unión, la relación causal, entre ambos acontecimientos decisivos de la política americana: la IX Conferencia, que debía articular el sistema interamericano, a la vez que plantear el problema de la defensa continental ante la posible agresión comunista, y esta sorpresiva subversión de un orden que parecía estar a salvo de cualquier contingencia. Intentemos, en la medida de lo posible, ahondar un tanto en el trasfondo de los sucesos y montar nuestros inestables augurios sobre el futuro inmediato de la política colombiana, indudable piedra de toque para las demás repúblicas hispanoamericanas.

La pregunta que a todos se nos ocurre ante el hecho inicial que motivó la ruptura del dique y el desbordamiento de las masas es simple en su enunciado, y compleja en sus respuestas. ¿Quién

mató al Dr. Gaitán? ¿Cuáles fueron los hilos ocultos que movieron la mano ejecutora del execrable crimen? ¿Qué misteriosa conjunción de «coincidencias» hizo posible el estallido popular en todo el país, y quiénes fueron los que orientaron ese torrente desbordado hacia los cauces de destrucción y muerte que todos conocemos? Quizá no se encuentre jamás respuesta adecuada para estas preguntas, tan sencillas en apariencia, ya que hasta la propia identificación del asesino—ejecutado sobre el lugar del crimen por una muchedumbre que, consciente o inconscientemente, se apresuró a borrar las pocas huellas que del delito y su autor podían haber auxiliado a la justicia en su difícil tarea investigativa—resulta dudosa.

El hecho inicial es en sí mismo tan «sencillo», que precisamente por ello debe buscarse una razón lo suficientemente poderosa y «organizada» para que tal «sencillez» fuera alcanzada. Jorge Eliecer Gaitán muere asesinado por los disparos de un oscuro personaje, precisamente en el centro mismo de la ciudad, a la hora crítica del mediodía, en la víspera de ser planteada ante la IX Conferencia Panamericana el problema de la defensa continental frente al comunismo, días después de haberse formado el primer Gobierno homogéneo conservador, cuando todo el edificio estatal estaba absorbido por las actividades de la Conferencia, en el instante en que Bogotá estaba desguarnecida y con una gran escasez de gasolina como consecuencia de la reciente huelga petrolífera, a la hora en que el Presidente de la República inauguraba una exposición ganadera a unos kilómetros de la ciudad... Difícilmente podría buscarse una más feliz conjunción de circunstancias para que la reacción popular se produjera espontánea e indetenible, mientras que la reacción gubernamental se retrasaba forzosamente el tiempo necesario para que la indignación popular, ante el asesinato de su ídolo, hubiera entrado ya en los peligrosos caminos de la revolución abierta, a la que sólo sería posible vencer mediante el empleo de todos los medios represivos. Pero incluso esta misma reacción armada iba a ser imposible ante el hecho de que la casi totalidad de la Policía nacional—acusada continuamente en la prensa liberal por un supuesto sectarismo político de sentido contrario—se unió desde el primer instante a lo que suponía ser un «movimiento popular» que reclamaba venganza por el asesinato del jefe ido.

Si pasamos revista a todo el haz de posibilidades imaginables, en relación a los autores intelectuales del crimen, habrá que descartar, como la más inadmisible de todas, precisamente la hipótesis que circuló inmediatamente por todo el país: Gaitán había sido

víctima del odio político de sus adversarios los conservadores. Si desde 1930—fecha de la pérdida del Poder por parte del partido conservador, que lo había monopolizado durante decenios—existió un momento en que podía aceptarse como muy probable su vuelta total al efectivo dominio del país, ese momento era la semana que precedió al 9 de abril de 1948. La ruptura de la política de «Unión Nacional», política propugnada por el presidente Ospina Pérez desde su proclamación como candidato y llevada a cabo con tenacidad difícil de igualar, no había producido, como supusiera el doctor Gaitán, autor de la ruptura, un fortalecimiento de las filas liberales. Antes al contrario, tal ruptura avivó todavía más las figuras de todos conocidas, que habían debilitado al liberalismo en las pasadas elecciones presidenciales y a las que se debió su derrota, pese a haber obtenido mayor número de votos que el candidato triunfante. En poder de todos los resortes del Gobierno, la perspectiva ante las futuras elecciones de diputados y las más lejanas para la sucesión del Dr. Ospina Pérez, era favorable al partido conservador, que se disponía a sustituir la máquina electoral del liberalismo por otra de igual eficacia y en su exclusivo beneficio. Por si esto no bastara, la presencia de su jefe máximo, el Dr. Laureano Gómez, al frente de la IX Conferencia Panamericana era una aportación de incalculable valor para el prestigio del partido, aportación que podía atribuirse en su casi totalidad a la ligera decisión de las mayorías liberales rompiendo la colaboración gubernamental en la víspera misma de la reunión panamericana. Y aún trabajaba en favor del partido gobernante otra larga serie de consideraciones y circunstancias que se le habían venido a las manos casi sin esfuerzo alguno por su parte. La política del partido conservador—especialmente de su jefe, el Dr. Laureano Gómez—de una absoluta independencia, cuando no de radical oposición hacia los Estados Unidos—, argumento esgrimido con total olvido del sentido nacional por ciertos periódicos liberales en el día mismo de la inauguración de la Conferencia, creyendo con ello impedir la elección del Dr. Gómez como presidente de la misma—había quedado ampliamente compensada con su permanente actitud anticomunista, postura ésta adoptada ya sin recato alguno por la Casa Blanca. Esto en lo referente a política internacional; en el aspecto interno trabajaban en su favor las corrientes subterráneas que minaban al liberalismo, abocado fatalmente a una escisión mucho más profunda que la encabezada respectivamente por los Drs. Turbay y Gaitán en las pasadas elecciones presidenciales. La orientación cada vez más marcada del Dr. Gaitán hacia una política de «izquierdas»—si no que-

remos admitir el calificativo de «demagogo» que le prodigaban sus propios correligionarios—hacía presumible la aparición de dos partidos perfectamente diferenciados y ambos surgidos de las antes apretadas filas del liberalismo histórico: el partido «oligárquico»—que podía encarnar en cualquiera de los ex presidentes de la República liberal—con su ideología un tanto «demodée» de fieles hijos del 89, y el partido del Dr. Gaitán—ya se había creado incluso en el lenguaje de la calle una clara y radical distinción entre «liberal» y «gaitanista»—que arrastraría consigo a las grandes masas del proletariado urbano y, con ellas, la casi seguridad del triunfo, a no ser que, como en 1945, fuera el candidato conservador quien recogiera la cosecha de tan profunda escisión. Las anteriores razones, que nadie podrá tachar de inconsistentes, formaban imperiosamente el partido conservador—si no hubiera otras de mayor peso que le impedían radicalmente el recurrir a procedimientos criminales—al mantenimiento del orden en el país con la casi absoluta certeza de que el año de 1950 sería el de su definitivo triunfo político.

La exclusión indiscutida del conservatismo en cualquier sospecha de colaboración, o tan sólo de tácita aprobación, del incalificable crimen fué admitida desde los primeros instantes por figuras tan representativas dentro del liberalismo tradicional como el ex presidente Darío Echandia y el «columnista» de *El Tiempo*, Enrique Santos—«Caliban»,—hermano del ex presidente Eduardo Santos, actualmente «primer designado» y, como tal, sustituto legal del presidente Ospina Pérez. Claro está que si dejamos al margen, por inservible, esa hipótesis, sólo nos resta una explicación «política» y otra que nada tiene que ver con los acontecimientos que nos interesan. El dilema es simple—admitiendo como inconcuso el carácter político del asesinato—: si no fueron los conservadores, tuvieron que ser los comunistas. Fuera de estas dos posibilidades sólo resta una tercera—que no debe descartarse en absoluto—: la de que el crimen fuera uno de tantos crímenes como los que se vienen produciendo en los últimos tiempos en Colombia y que en su mayoría quedan impunes y sin desentrañar la verdadera causa de los mismos. En el caso de Gaitán no debe olvidarse que se trataba de un criminalista en ejercicio, el abogado que había logrado mayor número de absoluciones ante los jurados—sobre los que ejercía no sólo la mágica influencia de su oratoria forense, sino el todavía más eficaz influjo de su enorme prestigio político—y que en la víspera misma de su trágica muerte había alcanzado uno de sus grandes éxitos al arrancar por segunda vez un veredicto exculpatorio en el

célebre proceso del teniente Cortés (quizá no se percate el lector no colombiano de la enorme popularidad que tienen las vistas públicas ante jurado, hasta el extremo de celebrarse de noche y radiándose los informes, siendo necesario para lograr un puesto en la Sala el acudir desde hora temprana).

En realidad, este problema de saber cuál fué el autor material del asesinato y cuáles fueron, si existieron, los autores morales del mismo, perdió gran parte de su interés con el giro de los acontecimientos en aquella trágica tarde del 9 de abril. Si pueden abrigarse dudas muy fundadas sobre la responsabilidad directa de este o el otro grupo político, lo indudable es que desde el primer minuto el partido comunista colombiano—que apenas había alcanzado unos millares de votos en las últimas elecciones municipales y cuya muerte había sido prematuramente pregonada por la prensa «democrática» del país—dirigió la revuelta y fué el que le dió ese cariz trágico cuyas dolorosas consecuencias tardarán varios años en cicatrizar.

Hay hechos que por sí solo constituyen prueba plena de esa participación del comunismo en los sucesos de Colombia. En primer lugar, apenas dos horas después del atentado circulaban por Bogotá unas hojas magníficamente impresas, y en papel de primera calidad, en las que el partido comunista se defendía de quienes le acusaran como autor del atentado. Téngase en cuenta que a esa hora eran escasísimos los colombianos que habiendo logrado superar el primer momento de estupor o de ira comenzaban a preguntarse de dónde procedían realmente los tiros que segaron la vida del jefe liberal. Dada la instantánea y total paralización de la vida de la ciudad, resultaba físicamente imposible que tales hojas hubieran sido redactadas con posterioridad a los disparos de la Carrera Séptima. Además, en esas dos horas el partido comunista había tenido bastantes cosas de que ocuparse para disponer del tiempo necesario para su redacción e impresión. Por ejemplo, había aprovechado ese tiempo para apoderarse de la totalidad de las emisoras de radio del país y para orientar a las turbas hacia los edificios públicos más representativos del «orden constituído» y de la propia historia de Colombia. A esa hora ardían ya los edificios de la Gobernación, de Cundinamarca; la Prefectura de Policía, con todos sus archivos y especialmente su sección de extranjeros; el Palacio de Justicia y el Ministerio del mismo ramo; se había intentado el asalto al Capitolio, sede de la IX Conferencia Panamericana; ardía el Palacio de San Carlos, monumento el más representativo de la historia del país, por haber sido la residencia del libertador Simón Bolívar;

se había vertido frente Palacio la primera sangre de oficiales del Ejército y de paisanos enardecidos, derramamiento de sangre que debería haber abierto, a no ser la decisión del Presidente y la obligada cordura de los jefes liberales, un abismo entre el «pueblo» y los «guardianes del orden»...

Los que escucharon las emisiones de radio en aquella trágica tarde abrileña no necesitan de argumento alguno para su propio convencimiento. Para quienes no recibieron tan aleccionadora experiencia, baste señalar la breve y reiterada alocución del secretario del partido comunista, quien, afirmando una y otra vez su significación específica, lanzaba a todos los rincones del país la clave del secreto, clave que quizá en su calidad de neófito en tales lides tuvo la imprevisión de desvelar: «La revolución popular ha triunfado. La presencia del general Marshall y de la Delegación norteamericana para la IX Conferencia Panamericana constituye un insulto al pueblo colombiano. Es necesario arrojar del Poder a los representantes del imperialismo yanqui. Marshall, de acuerdo con Mariano Ospina y Laureano Gómez, ordenó el asesinato de Gaitán.» Estos fueron los permanentes «slogans» de las radios en poder de los revolucionarios, y junto a ellos toda la extensa gama de las consignas comunistas: apoderarse de los centros de comunicación; formar barricadas; asaltar comercios; respetar las fábricas; el «pueblo está siendo ametrallado desde las Iglesias»; se han constituído «Juntas revolucionarias» con la participación de prestigiosos jefes de todos los partidos no reaccionarios, etc., etc. Y por si quedase alguna duda, junto a las incitaciones al asesinato de los jefes políticos más destacados, figuraban las extrañas citaciones a nombres concretos en cada ciudad y en cada pueblo.

* * *

Los sucesos de aquella noche escapan por su magnitud a todo intento descriptivo. Ya no se trataba de una auténtica reacción popular que, hábilmente dirigida, se había convertido en revuelta armada. La casi totalidad del país, y de un modo especial su martirizada capital, vivieron horas de angustia como ningún otro pueblo las haya conocido desde hace muchos años. (Probablemente en cuanto a la intensidad de los sucesos ni siquiera la propia revolución rusa, o las primeras jornadas de la guerra civil española, puedan comparársele.)

La rebelión de los más bajos instintos, alentada desde las emiso-

ras por ingenuos estudiantes víctimas de la propaganda extremista, que una vez más se servía de su juvenil entusiasmo como de la mejor arma; por intelectuales inconscientes de su obra; por auténticos agitadores comunistas y por liberales exaltados que creían llegada la hora del triunfo y del desquite—pero no la del crimen y el saqueo—triunfaba en Bogotá. La sed de venganza, el rencor refrenado durante años, el oculto odio de razas, el resentimiento clasista, todo se unía en aquellas horas trágicas, verdadero aquelarre no pintado por el mismo Goya, para poner en trance de destrucción no ya el régimen políticosocial, sino el país mismo. Abrieron marcha las ferreterías—instigados por las soflamas revolucionarias de las radios—a fin de obtener armas para el asalto a Palacio—ataque que para unos era exclusivamente político, pero cuyo trasfondo sólo era conocido de los dirigentes comunistas—; después fueron los establecimientos de bebidas y la chusma, preparada por largos años de lento suicidio con la «chicha»—cuya venta constituye uno de los principales ingresos públicos—, enloqueció al trasegar bárbaramente los miles de botellas de licores caros jamás soñados; más tarde les tocó el turno a los establecimientos de lujo: las peleterías, orgullo de Bogotá; las numerosísimas platerías que exponían toda la insultante abundancia de un país como Colombia; las joyerías, donde brillaban las mejores esmeraldas y las máscaras auríferas de los antañones ritos indígenas... Y, por último, todo lo que se ofrecía al alcance del machete, de la peinilla o solamente del brazo enfurecido. Nada quedó al margen de la furia desatada de la multitud, una turba que no se dedicaba ya a robar lo que ambicionaba, ya que no lo que necesitaba, sino a destruir todo lo que sabía pertenecía a un mundo que no era el suyo: librerías, floristerías, instrumentos de música, frigoríficas, objetos de arte, etc., etc. Y de paso, por si aún se dudara de la mano oculta, una iglesia colonial, los palacios de la Nunciatura y del Arzobispo, la Escuela Apostólica, un modesto convento de monjas, el colegio de los Hermanos de la Doctrina Cristiana...

* * *

Atrás queda, como pesadilla que nos esforzamos en alejar, la trágica magnitud de aquellas horas sombrías. Frente a nosotros se nos ofrece un interrogante no menos sobrecogedor: ¿qué proyección tendrán en el inmediato futuro de Colombia y de América estos sucesos, cuyo origen puede permanecer confuso, pero sobre cuya ex-

plotación no cabe duda alguna? Difícil tarea la de hacer de arúspice en estos tiempos, máxime siendo conscientes de que, sea cualquiera la opinión adelantada, merecerá reproches de ambos lados. Esperemos al menos que se nos reconozca la amplia y franca simpatía por la totalidad del pueblo colombiano, la sinceridad del propósito y la limpieza sin mácula del objetivo, a la vez que una total ausencia del más lejano atisbo de «dogmatismo» o de afán aleccionador.

* * *

El alevoso asesinato del Dr. Jorge Eliecer Gaitán, no sólo ha decapitado al movimiento liberal arrebatándole su indudable candidato a la Presidencia, sino que, de rechazo, ha producido análoga consecuencia en el partido conservador. Expliquemos hasta donde sea posible esta afirmación. Desde las elecciones municipales de noviembre—que constituyeron un éxito personalísimo del Dr. Gaitán dentro del liberalismo y un fortalecimiento del Dr. Gómez en el seno del conservatismo—podía admitirse como segura la doble y única candidatura de ambos líderes políticos en las elecciones presidenciales de 1950. La muerte de Gaitán cambia radicalmente ese panorama político que parecía simplificado después de las tormentas pasadas.

La actuación del Dr. Gómez en las trágicas horas del viernes es todavía un enigma para la casi totalidad de los colombianos. Según unos, se limitó a refugiarse en la Embajada de un poderoso país—lo que parece no ser cierto—; según otros, buscó asilo en el Ministerio de la Guerra, donde permaneció sin influir en absoluto en la marcha de los acontecimientos, y solamente los muy fieles le atribuyen misteriosos movimientos encaminados a la salvación del país. Sea verdadero o falso lo anteriormente recogido, lo cierto es que al tener que «sacrificarle» el presidente Ospina en aras de la colaboración liberal en su Gabinete de Salvación Nacional, y al no poder actuar inmediatamente como jefe máximo del conservatismo —bien por propia decisión o por recomendación del mismo Presidente, que no deseaba avivar el odio de las masas liberales, todavía enseñoreadas de la calle—, las masas conservadoras se encontraron desorientadas, y sólo al cabo de algunos días se escuchó la voz de un Directorio Nacional Conservador reformado y en el que no figuraba la recia personalidad del Dr. Gómez.

Ya con anterioridad a estos sucesos se percibía claramente la

existencia en el seno del partido conservador de un movimiento opuesto a la jefatura tantos años indiscutida del gigantesco político que es el Dr. Gómez. La esporádica aparición del diario *Eco Nacional*—dirigido por otro de los jefes conservadores, el doctor Gilberto Alzate Avendaño, a cuyo grupo pertenecían figuras tan destacadas como Augusto Ramírez Moreno y Guillermo León Valencia—fué la primera afloración de tal hecho. El enorme prestigio del Dr. Gómez—el artífice de la victoria electoral que elevó a la primera magistratura del país al Dr. Ospina Pérez—superó ese primer intento de arrebatarle la jefatura, y precisamente el día 9 de abril le encontraba otra vez como jefe casi indiscutido del partido conservador. ¿Qué sucederá en el futuro?

Ciertamente que el partido conservador tendrá que adoptar radicales medidas para recobrar el mucho terreno perdido en los días subsiguientes al trágico 9 de abril. En política, bien es sabido, se perdona todo menos el fracaso y el error. Este fracaso y el escaso margen de error que pueda atribuirse al Gabinete homogéneo conservador existente el 9 de abril, desde luego no implica culpa grave por parte del Dr. Gómez. Pero, hablando en términos muy inteligibles para los españoles, aunque quizá no lo sea tanto para los hispanoamericanos, el partido conservador sufrió el 9 de abril la prueba que las «derechas» españolas padecieron el 16 de febrero de 1936.

En el panorama político colombiano la aparición, un tanto fugaz, del Dr. Gaitán encierra un significado mucho más hondo del que sus mismos partidarios le atribuyen. Con el Dr. Gaitán—no se olvide su decisiva presencia en la Italia fascista, precisamente en los años más formativos de su vida—hace aparición en la vida pública colombiana un factor ya viejo en las lides políticas europeas, pero desconocido hasta entonces en el escarpado país andino: las masas. Si se analiza someramente la vida política colombiana con anterioridad a su presencia, veremos que toda ella se centraliza, con absoluta exclusividad, en un limitadísimo puñado de familias, la famosa «oligarquía», cuya adscripción a este o al otro de los partidos históricos obedecía, en primer lugar, a viejos recuerdos familiares más que a auténticas convicciones políticas. Las encarnizadas luchas de bandería—casi siempre con su dolorosa secuela de muertos—semejaban más extrañas supervivencias de una «vendetta» heredada que radicales oposiciones ideológicas. El campesinado era en su mayoría conservador, pero igualmente se podían señalar pueblos y aldeas unánimemente liberales. Si por un momento se pudo intentar «descubrir» un conato de diferenciación en-

tre los dos partidos en torno al llamado «problema religioso», hace años que se había olvidado. La carencia de auténtica diferenciación hacía agigantar las pequeñas variaciones ideológicas hasta convertirlas en montañas insalvables, montañas que, desgraciadamente, más de una vez se hacían realidad con la sangre vertida en estériles disputas.

El «impacto» producido por el Dr. Gaitán en la vida colombiana perdurará muchos años. Su éxito—su asombroso, gigantesco e indiscutible éxito como «caudillo» del pueblo—no debe atribuirse a unas dotes de estadista que, en el mejor de los casos, permanecieron inéditas, sino a haber sido el primero que esgrimió en sus campañas políticas argumentos y razones «modernas». Su conocimiento de la Europa de la postguerra fué para él mucho más decisivo que para el resto de sus compatriotas, acostumbrados a dejar transcurrir los años en aquel delicioso París, que para ellos lo era todavía más con sus rentas elevadísimas y en moneda fuerte. Gaitán pudo comprender el fenómeno moderno de la política porque llegó a Europa desprovisto de los prejuicios formativos de la «oligarquía». El líder asesinado procedía de los niveles humildes del pueblo, por sus venas corría gran porcentaje de sangre aborigen, mezclada con aportes negros y con mínima participación de la blanca. Con ello disponía ya de una de las más eficaces «plataformas» utilizadas con éxito en gran parte de los pueblos de sangre mezclada. No quiere decir que Gaitán fuera exclusivamente un «caudillo» indigenista; se servía de este argumento para sus campañas políticas, pero en el fondo de su alma estaba continuamente presente, para imitarla o para odiarla, aquella Europa, maravillosa, pese a sus desvaríos y desgracias, que él había entrevisto en la Italia mussoliniana mientras aprendía el ya superado penalismo de Ferri. Pero de su «baño» europeo trajo otra de las grandes experiencias modernas que, por añadidura, coincidía exactamente con sus ocultas exigencias de hombre surgido del pueblo y con demasiadas sangres en sus venas para poder aspirar a un anillo con heráldica más o menos fantástica y su poltrona de socio en el Jockey: la invasión de «lo social» y la ineludible necesidad de hacer una política «avanzada», precisamente para impedir el avance de los «otros». En Colombia, donde centralizaba por igual los frenéticos entusiasmos y los odios más irreductibles, resultaba difícil realizar un examen objetivo de lo que él significaba para la política de su país. Los propios liberales históricos—los «oligarcas»—le acusaban de demagogo, y si él avanzaba cada día un paso más hacia ese peligroso límite de la izquierda extrema, debe achacarse en gran parte a su humana reacción ante quienes le

acosaban y le negaban la entrada en el *sancta sanctorum* de su «oligarquía».

He aquí una de las explicaciones posibles de su triunfo. No sé si será totalmente exacta, pero al menos constituye un honrado intento de hallar la razón posible de un acontecimiento político de tan honda trascendencia como lo es el giro radical de la vida pública colombiana por el paso del Dr. Gaitán por su escena, antes tan sencilla.

Gaitán había aportado al viejo y caduco tronco liberal las «savias modernas»; por eso ya casi nadie se acordaba en Colombia de Alfonso López o de Eduardo Santos.

* * *

¿Qué panorama nos ofrece la política colombiana después de la trágica desaparición del Dr. Gaitán y de la probable eliminación, al menos transitoria, del otro gigante, el Dr. Laureano Gómez? Como punto de partida, disponemos de un «hecho de experiencia»: la constitución del nuevo Gobierno de «Unión Nacional». La laboriosa gestación de este Gobierno pertenece ya a un pasado carente de interés. Baste dejar constancia de la tenacidad y decisión del Presidente de la República en aquellas horas sombrías de la tarde y la noche del viernes y la madrugada dantesca del sábado. El Dr. Ospina Pérez sabía que sus rotundas negativas a las presiones políticas que se le hacían constituían la única garantía posible de conservar el mínimo margen de «orden constitucional», todavía existente, y el sólo valladar que impediría la formación del incontenible alud que aplastaría sucesivamente a su Gobierno, al que le sustituyera, al orden constitucional republicano, y, por último, anegaría al país en el pantano pestilente y en la orgía de sangre de una revolución, cuyo signo era fácilmente previsible. Los mismos dirigentes liberales, que prometían el restablecimiento del orden apenas el Poder Ejecutivo pasara a sus manos, hubieran sido víctimas propiciatorias de su propia obra. De aquella jornada—la más trágica en los ciento cincuenta años de vida independiente del país—salió especialmente fortalecida y prestigiada la serena figura del doctor Mariano Ospina Pérez verdadero salvador del régimen constitucional, que con su firme decisión de permanecer en su puesto—incluso cuando podía decirse que solamente dominaba el cuadrado de edificaciones donde está situado el propio Palacio Presidencial—hizo posible la vuelta a la colaboración de los dos partidos históricos

y la proclamación de una «tregua política» en beneficio exclusivo del país. Junto a la persona del Presidente debe figurar la Institución del Ejército, vencedor con aquél en la «jornada triste» del nueve de abril.

Pero la Constitución colombiana excluye todo intento de reelección. Pasemos revista, por tanto, a las posibilidades surgidas del hecho trágico del asesinato del Dr. Gaitán.

Al redactar estas líneas, la figura, en apariencia representativa del liberalismo y su indudable candidato presidencial es el titular de la Cartera de Gobierno y dos veces ex presidente—como «designado» y no como titular—Dr. Darío Echandia. La biografía del renacido líder político es, hasta cierto punto, sencilla. Estudiante aprovechado del Colegio del Rosario—la secular fundación española que fué más tarde vivero de «próceres» de la independencia—; dedicado a la Magistratura y la enseñanza universitaria, salta a la vida pública a la sombra del Dr· Alfonso López en los años de 1930 a 1932, comienzo del régimen liberal, que se prolongó hasta 1945. Teórico «puro» y universitario vocacional, interviene activamente en la obra legislativa del régimen liberal—especialmente en la reforma constitucional, a la que incorpora preceptos recogidos de la propia Constitución de la U. R. S. S. y de la española de 1931—y alcanza el calificativo de «conciencia jurídica del régimen». Fugaz candidato presidencial bajo los auspicios del Dr. López, es enviado como «dorado destierro» a la Embajada del Vaticano—no sin el sabroso comentario en torno a su supuesta o efectiva indiferencia religiosa,—donde negocia el famoso Concordato que estuvo a punto de producir un nuevo cisma en la Iglesia (todavía deambula por París uno de los principales actores de la polémica). A partir de 1945, otra vez la vida universitaria, desempeñando—como un «Hombre Universal» del Renacimiento—las cátedras de Filosofía del Derecho, Derecho romano, latín y griego. Y en la tarde del 9 de abril todas las miradas, al menos las de quienes aspiraban, en primer lugar, al restablecimiento del orden constitucional, se dirigieron hacia él como encarnador de las «esencias liberales». No hay duda alguna—en los límites en que tal certeza es posible en política—que Darío Echandia será candidato a la Presidencia en las próximas elecciones. Pero ¿lo será en calidad de «único» candidato liberal?

Si se analiza la formación del Gabinete, se descubrirá inmediatamente la ausencia de verdaderos seguidores del Dr. Gaitán, a no ser el Dr. Aragón Quintero, titular de la Cartera de Minas y Petróleos. Echandia representa el sector izquierdista de la oligarquía;

pero de esto a sustituir al Dr. Gaitán en la ilusión enfervorizada de las masas proletarias queda mucho trecho por recorrer. Posiblemente no asistiremos a una simple escisión del partido liberal —como ocurrió en las pasadas elecciones—, sino a la constitución de un nuevo partido, cuyo nombre no importa, pero cuyo contenido resulta fácilmente identificable. Para este nuevo partido, que no será necesariamente «comunista», aunque la procesión ande por dentro, existen varios candidatos con real influencia en los medios obreros; citemos tan sólo la interesante figura de Diego Montaña Cuéllar, tránsfuga del comunismo, que acaba de dar al país una muestra de su poder y de su habilidad con la huelga petrolífera de la concesión de Mares—no se olvide que supo amalgamar las reivindicaciones sociales con las nacionalistas—, o la de Darío Samper, director del diario «gaitanista» *Jornada*, cuyos violentos ataques al sector «oligárquico» del partido y a sus órganos periodísticos son cotidiano manjar de las tertulias callejeras de la Carrera Séptima. Un poco más alejados pueden citarse a Uribe Márquez—abogado de demasiada historia profesional y miembro de la Dirección Nacional Liberal—, a Plinio Mendoza Neira, quien parece decidirse definitivamente por la «oligarquía», de donde procede, que por el otro platillo de la balanza, donde venía haciendo piruetas demasiado visibles; y junto a ellos, algún oscuro líder sindical, cuyo efectivo poder escapa inadvertido a la observación de los no iniciados. Este partido—caso de crearse—sufriría por igual los ataques concéntricos del comunismo y del liberalismo «ortodoxo».

Pasemos al otro lado de la barricada. Tampoco topamos con demasiada luz en este sector. Debemos señalar, en primer lugar, el vago recuerdo que perdura en algunos sectores juveniles del intento de superación de la rígida dualidad política tradicional en el país. Aludimos al Movimiento Nacional Revolucionario, de vida por demás efímera, quizá debido al fatal reflejo de la situación europea. De aquel Movimiento—cuyos paralelos en otros países podían fácilmente señalarse—quedan algunos miembros dispersos—en su mayoría figuras de gran prestigio literario e intelectual—, pero que buscaron acomodo en uno u otro de los partidos tradicionales, en los que, por añadidura, se les recibió con abierto recelo y todavía se les tiene sometidos—al menos en el conservatismo—a una especie de «cuarentena». Olvidado este recuerdo, quedan los dos grupos que giraban respectivamente en torno a *El Siglo*—el ortodoxo del Dr. Gómez—y el *Eco Nacional*—sector más abiertamente nacionalista y al que podemos calificar de más «actual»—, con las figuras ya señaladas de Alzate, Avendaño, Ramírez Moreno, León Valencia, et-

cétera. (Un detalle muy significativo de la «modernidad» del grupo lo constituyó el comentadísimo editorial publicado en los días de la huelga petrolífera y en el que se aceptaban, al menos en su planteamiento para la discusión, las tesis «nacionales» que pudieran descubrirse dentro del complejo problema de la huelga tal como lo había planteado Montaña Cuéllar.) Cada uno de estos grupos esgrimían su candidato para las próximas elecciones presidenciales, aunque afirmando previamente su acatamiento al elegido por las Asambleas departamentales del partido: Dr. Laureano Gómez y Dr. Guillermo León Valencia. Por razones intuídas, pero que seríamos incapaces de expresar, podemos admitir en hipótesis la eliminación de ambos candidatos, al menos en la próxima contienda. Paralelamente a esta eliminación, aparentemente arbitraria, surgen dos nuevos nombres como candidatos posibles: los Drs. Urdaneta Arbeláez y Zuleta Angel.

El Dr. Urdaneta Arbeláez fué ministro de Gobierno hasta las elecciones municipales de noviembre, y sus copartidarios le tacharon de excesivamente pulcro en el manejo de las cuestiones electorales. A su salida del Gobierno se le consideró como «candidatizable», y precisamente en los días de inquietud se apresuró a figurar visiblemente en el Directorio improvisado que dió la primera señal de vida y con ella nuevos alientos a las masas conservadoras, desorientadas, que creían llegado el momento de la derrota total. Esta recuperación de prestigio parece haber desembocado un tanto extrañamente en su nombramiento para un alto cargo diplomático fuera del país. La candidatura del Dr. Zuleta Angel—uno de los más altos prestigios del país por su actuación como Presidente de la I Asamblea de la O. N. U. en Londres y actualmente de la IX Conferencia Panamericana de Bogotá—es muy probable que chocara con la oposición del sector intransigente del conservatismo, pero a la vez arrastraría a un amplio sector del liberalismo histórico, especialmente el grupo moderado del «santismo». Ambos candidatos tendrían en su contra que con su presencia en la contienda electoral proporcionarían al candidato del imaginado partido «gaitanista» una de sus mejores plataformas electorales: la del nacionalismo económico, ya que ambos han sido en algún momento de su vida profesional representantes de las poderosas empresas petrolíferas, situación ésta que alcanza por igual a varios de los más representativos jefes de la oligarquía liberal (una de las últimas campañas parlamentarias del Dr. Gaitán fué la «moción de censura» contra los llamados ministros petroleros).

Hasta aquí el examen de la situación política colombiana tal y

como aparece a un observador ajeno a sus luchas partidistas en esta segunda semana del hecho crítico del asesinato del Dr. Gaitán. Las hipótesis aventuradas han sido a base de los hechos políticos internos de este mes de abril de 1948. Pero para su validez futura sería necesario que no se proyectara la situación política internacional sobre la mera política interna. Pero este supuesto resulta inadmisible dada la marcha de los acontecimientos. Ante la presencia inesquivable de un factor tan decisivo como lo es hoy día la lucha abierta entre las dos «superpotencias» surgidas del pasado cataclismo, los Estados Unidos y la U. R. S. S., ambos con su consabido séquito, ¿cuál será, en definitiva, el cuadro político colombiano en los dos años preñados de peligros y posibilidades que se abren ante el país? Para un observador europeo de la realidad americana surge inmediatamente una quiebra del sistema, que pasa generalmente inadvertida para los mismos americanos. Con análoga prisa a que antes se acudió para vencer la balanza de un determinado lado, se intenta ahora cambiar el fiel de la misma. Pero ese desaforado y no siempre meditado anticomunismo que hoy preside la política toda de las Repúblicas americanas es más bien un remedio heroico ante un peligro inmediato que la solución definitiva de un problema que por mucho que nos esforcemos no podemos borrar definitivamente de nuestro contorno histórico.

El circunscribirse a este anticomunismo «made in Washington» encierra una larga serie de peligros que quizá algún día traigamos a colación. Ciñéndonos a lo que ha sido objeto de comentario, baste señalar las muchas armas que en tal caso se ceden a quien las quiera esgrimir, y desde luego habrá un candidato que las esgrima: el nacionalismo económico, la realidad innegable de sangres diversas con todo el trasfondo que tal hecho representa, las desigualdades sociales y económicas, el agreste sentido de la independencia y de la soberanía nacional...